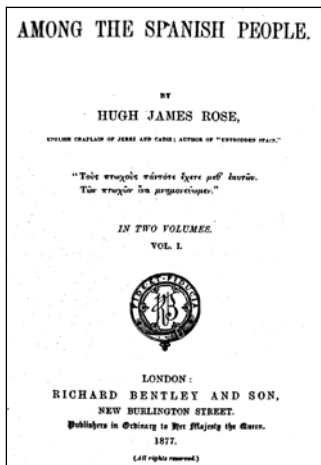


1877

Hugh James ROSE



(Litle Horsford, 1795 - Florencia, 1838). Teólogo inglés. Estudió en el colegio de la Trinidad, de Cambridge; fue cura de Buxsted y Horsham en Sussex; prebendado de Chischester, rector de Hadleigh, profesor de teología de Dublín y director del Colegio Real de Londres.

Personaje reconocido en Inglaterra, dejó escrita una extensa obra. Como otros individuos de su época, realizó un viaje a España que se publicó en dos volúmenes con el título *Among the Spanish people*, publicado en Londres por Richard Bentley and son, en dos volúmenes (Almería, t. 2, p. 72-75). Aunque la publicación de esta obra fue en 1877, indudablemente su paso por Almería hubo de tener lugar en el primer tercio del siglo XIX. Está escrito como un diario en el que va recogiendo sus impresiones. Procedente de Cádiz-Málaga, a Almería llega por mar en un barco de vapor de mercancías, dejando unas breves pinceladas de su fugaz paso por nuestra ciudad.

UN BARCO DE VAPOR ESPAÑOL EN LA COSTA

Voy a darte una idea de cómo es nuestra vida en un barco de vapor español en la costa.

El viernes, 25 de agosto, estando en Cádiz, nos ordenaron subir a bordo a las 6 de la mañana. Tomé un pequeño bote que me llevó hasta donde estaba el barco de vapor, que iba totalmente cargado. Estaba amaneciendo y todo era precioso: nubes carmesí perseguidas por una luz de Levante se iban iluminando en el cielo; los barqueros de Cádiz cantaban monótonas canciones mientras preparaban sus tazas de café y encendían sus cigarros; y las olas de color cobalto se iban tiñendo de color carmesí. ¡Maravilloso!

Esto es siempre así en Andalucía; viajes por tierra o por mar, siempre puedes exclamar: ¡Qué maravillosa es aquí la naturaleza! Pero cuando la conoces más en profundidad, acabas diciendo: ¡Qué descuidado e inútil es el hombre!

Cuando llegamos al barco no había escalera colgando para poder subir, por lo que llamé a dos hombres que estaban tumbados a un lado del barco, para que la bajaran. “*No somos marineros*”, fue la con-

testación, por lo que tuvimos que trepar por el lado del barco hacia arriba aunque era muy alto. Menciono esto como ejemplo de la negligencia y descuido de los andaluces, negligencia e indolencia que han hecho de Andalucía un desierto, y que es una ruina para ese reino. Andalucía, que debiera ser un paraíso, es un desierto.

El barco estaba sobrecargado y peligrosamente lleno. La cubierta llena de fardos de corcho y sacos de harina. Este pequeño barco de vapor viaja sólo por las noches y para en cada puerto en su camino hacia Marsella para cargar y descargar mercancías. Los puertos son Algeciras, Málaga, Almería, Cartagena, Alicante, Valencia, Tarragona y Barcelona, pasando por lo general diez horas en cada puerto...

...Al salir de Málaga a las 7 de la tarde del sábado hacia Almería, la escena era bella hasta el extremo: el sol poniente brillaba en las profundas olas de azul cobalto y volvía cada rizo en un profundo color carmesí. Al son de la guitarra, se escuchaban a bordo las canciones malagueñas, mientras la gran luna amarilla brillaba hasta que todo quedó en silencio.

Estaba tumbado en mi camarote, cuando oí el silbido de un cohete, después otro y luego un tercero. Me vestí apresuradamente y, corriendo por cubierta,



Carros de esparto en espera de embarcar la mercancía, situados, probablemente, al inicio de la calle la Reina, según dibujo del inglés Compton a finales del s. XIX. (Reproducida de *Los grabados de Almería*, de J.L. Ruz; *La Voz de Almería*, 2001).

pregunté qué ocurría. “¿Qué se yo, hombre?”, fue la respuesta, dicha con auténtica dejadez española y sin quitarse el cigarro de la boca. “Porque el capitán tiene el capricho de tirarlos”, por ejemplo. “¿Qué te puedo decir? Supongo que al capitán le gustan los cohetes”.

La preciosa calma del iluminado mar, la frescura de la brisa, la placidez grandiosa y perdurable de la mañana, rodeada de solitarias montañas, convierten el viaje en este barco en una sensación de paz y de belleza.

IMPRESIONES DE LA CIUDAD

Llegamos a Almería a las 7,30 de la mañana del domingo, y como resultado de esta desdichada negligencia –negligencia y completa ociosidad, que dan como resultado que extranjeros cultiven las viñas, trabajen en las minas, recojan la cosecha, ganen los mejores sueldos como ingenieros en la tierra o en el mar–, los funcionarios de sanidad no vinieron hasta las 8,30 o las 9 de la mañana, por lo que estuvimos en cubierta durante una hora y media sin ninguna justificación.

Pocos pensarían, desde la aridez del paisaje y la empobrecida población, que Almería fue un puerto importante por el tráfico desde la época de los romanos o, como dice la balada mora, “una ciudad cuya tierra es polvo de oro, cuyas calles son diamantes y sus jardines son paraísos”. Los árabes (moros) fueron expul-

sados de aquí en 1147 y, con ellos, la gloria de Almería también se fue. Ahora es un puerto de tercera categoría, donde pequeños barcos reciben cargas de fruta y esparto.

Como algo pintoresco, recomiendo a los artistas el mercado de fruta, con sus montones de frutas, con muchachas de hermosas caras morenas que parecen africanas y los grandes grupos de mujeres gitanas con sus niños morenos de 1 o 2 años, que los llevan desnudos, colgando sobre sus hombros.

Las costumbres son semi-africanas, muchos hombres llevan turbantes. Las calles, cubiertas de rojo, blanco, verde y amarillo por las ropas expuestas para la venta, son un laberinto de colores.

No hay tren –me dijeron–, aunque pronto partiría uno para Linares. Una total decadencia se muestra en todas las cosas y el ocio descuidado aparece en la cara de todos.

Cuando dejamos el puerto a las 5 de la tarde, un tropel de delfines brincaba al lado del barco. Lo más bonito eran los tonos marrones de las altas montañas, a veces en un tono rosado, con unas pocas enredaderas cayendo por los lados; otras veces las montañas aparecían de color plomo como la nieve, abiertas en fantásticos peñascos.

1878

ANÓNIMO. Viaje a Canjáyar



Los días 5, 6 y 7 de julio de 1878 se publicó en el periódico almeriense *La Crónica Meridional. Diario Liberal Independiente y de Intereses Independientes*, un interesante relato de un viaje al pueblo de Canjáyar que tuvo lugar entre el 9 y el 24 de junio del mismo año. Aunque su autor nos es desconocido, pues sólo firma F., por su narración y el recibimiento que le dan los lugareños debía de ser un personaje de cierto prestigio. Comienza describiendo su viaje y el paisaje que va descubriendo, sin embargo la novedad de este relato estriba en la descripción de la celebración de las fiestas locales del Corpus y de San Juan, haciendo especial hincapié en las costumbres y carácter de sus habitantes.

CAMINO DE ALMERÍA A CANJÁYAR

Víspera era de la solemnidad religiosa del Corpus el 10 de junio del presente año de gracia, cuando, movidos por el deseo de visitar a un querido y antiguo amigo que hace tiempo sentó sus reales en la villa de Canjáyar, en su preciosa casa solariega con torre y escudo que recuerda lo esclarecido del linaje, desde la cual hace excursiones así por el *Foro* como por el *Parnaso*, cuyas divinas habitadoras le acariciáis con especial predilección, nos encajonamos en la augusta berlina del coche diligencia que diariamente recorre el trayecto de esta capital a aquella villa, y, después de tomar por la mañana viajeros y mayores, partió el tren arrastrado por cuatro veloces hipogri-fos que en pocas horas nos pusieron en el pueblo de Alhama, punto de estación donde se relevan los tiros y el viajero se refrigera. Esta importante operación tuvo lugar en la posada de Ruano, paisano nuestro, más liberal que Riego, el cual nos recibió con una afabilidad y agrado que nos pareció apartarse mucho del tipo característico de los que en España ejercen su honrosa profesión. Allí, bajo su inspección esmerada y por un módico estipendio, nos fue servido un suculento almuerzo muy de nuestro gusto y, reparadas nuestras fuerzas, fueron sustituidos los primitivos tiros por otros más a propósito para el trayecto que teníamos que recorrer. Para el mayor lucimiento de aquel espléndido tren no faltó un *Brillante*, nombre con el que, sin duda, por antífrasis o acaso atendiendo a las

cualidades morales, era designado un caballo escuálido que nos trajo a la memoria el diálogo entre *Babieca* y *Rocinante* que se contiene en un soneto de la obra inmortal del príncipe de los ingenios españoles:

- B. ¿Cómo estás, Rocinante, tan delgado?
R. Porque nunca se come y se trabaja.
B. Pues, ¿qué es de la cebada y de la paja?
R. No me deja mi amo ni un bocado.

Por lo demás, el *Brillante* era dócil y de mucha voluntad, la cual demostraba cada vez que sentía el látigo en sus descarnadas costillas semejantes al teclado de un órgano, pretendiendo estimular a mordiscos a su compañero de tiro, que era un macho que, por lo taimado y remolón, no parecía sino que trabajaba a jornal. Con tales elementos continuamos nuestro viaje.

Habíamos dejado atrás la extensa vega del río de Almería: el ancho y hermoso valle se estrecha a medida que avanzamos ascendiendo por el río Andarax, los accidentes del terreno se presentan más inmediatos y la vista del viajero puede percibir, en aquellas montañas que franquean, el río deslizarse serpenteando en la verde alfombra que las cubre arroyos cristalinos; a las grandes llanuras sembradas de maíz, a los vastos higuerales y a los huertos de naranjos de los pueblos del río de Almería, suceden los olivares, multitud de árboles frutales e inmensos parrales escalonados en el monte, entre cuya frondosidad aparecen risueños los pueblos de la antigua taha de Marchena.



Vista panorámica de Canjáyar.

Pasa el camino por medio de las alegres poblaciones de Íllar e Instinción, y desde las alturas de ésta se divisa Canjáyar, término anhelado de nuestro viaje que se halla aún a bastante distancia y que vuelve a perderse de vista tan pronto como penetramos en el laberinto de montañas por donde atraviesa el camino que, explanado a una imponente altura sobre el nivel del río, va siguiendo todas las sinuosidades de aquel accidentado terreno, desarrollándose en una serie continuada de violentos zig-zag, con grandes inclinaciones sin defensa que hacen peligroso el tránsito de carruajes, sobre lo cual nos permitimos llamar la atención de la Corporación Provincial, así como el mal estado del puente de Canjáyar, única obra de fábrica de alguna importancia que encontramos desde que se deja la carretera general de las Correderas.

Aquellas montañas de aspecto severo y majestuoso, revestidas hasta la cima de parrales que constituyen la gran riqueza del país, donde la vegetación se ostenta cada vez más lozana y vigorosa, acosan la proximidad a aquella privilegiada región de las Alpujarras que fue el último albergue de los moriscos y teatro de titánicas luchas que enrojecieron la quebrada superficie, donde aún parece que colorea la sangre vertida. Se agolpa a nuestra imaginación cuanto habíamos leído de aquellos tiempos legendarios, a los cuales en aquel momento nos arrebatava la ilusión haciéndonos escuchar entre aquellas hermosas breñas el tierno cantar de alguna odalisca encantadora, que, a los dulces acordes de la guzla, entonaba un romance de amor. Nos sacó

de nuestra ilusión la llegada a una cuesta a cuyos lados, en los cortados del desmonte, se ven unas criptas habitadas, pobres albergues que presentaban, sin embargo, un aspecto aseado, poco común en esta clase de miserables viviendas.

DESCRIPCIÓN DE LA VILLA, RECIBIMIENTO Y VISITA AL TEMPLO

Ingresábamos en Canjáyar. No pudimos menos de manifestar a los del país nuestra extrañeza por el notable contraste que formaba tan pobre entrada con la riqueza de aquellos terrenos en que la naturaleza se mostraba tan pródiga, y se nos explicó que la existencia de las cuevas no reconocía por causa la miseria de sus moradores, sino la falta de ensanches donde edificar, pues la población se halla emplazada en la meseta de un collado rodeado de corrientes naturales.

Bien pronto cambia el aspecto de las calles, ostentando preciosas casas de dos y tres cuerpos, construidas al gusto de las de la capital, terminadas por azoteas, algunas con balaustrada, y revocadas de cal las paredes exteriores; todo lo cual, unido al buen orden iniciado en las alineaciones y al esmerado aseo que se observa en general en los pavimentos de las calles, dan por resultado una población cuyo conjunto es agradable y risueño.

Nos esperaba en el parador de la diligencia nuestro querido amigo y, después de los saludos y abrazos



Plano urbano de Canjáyar inserto en el provincial ejecutado por F. Coello hacia 1855.

que eran de rigor, nos dirigimos a su casa, para lo cual tuvimos que pasar por la plaza de la Constitución, que es proporcionada, casi cuadrada, en cuyo adorno se trabajaba activamente. La villa se preparaba para un día de fiesta y arreglaba su sala. Llegados a la casa, entramos en un hermoso patio antiguo, con columnas, adornado con grandes aureolas, pareciéndonos penetrar en una preciosa decoración de teatro, en cuyo fondo se descubre un jardín con paseo y en el centro un bonito pabellón, bajo el cual se nos tenía la mesa dispuesta con la elegancia y gusto más exquisitos. Allí, donde se disfruta de un fresco ambiente embalsamado por las flores, se nos sirvió una delicada comida, acompañándonos la hija de nuestro amigo, linda y candorosa joven que era el más bello adorno de aquel delicioso jardín. Después del café y de brindar por nuestro feliz encuentro y por la bella hija de nuestro anfitrión, salimos a la calle, dirigiéndonos hacia la iglesia parroquial.

Este sagrado edificio de construcción moderna, que según los informes adquiridos data su fábrica del primer tercio de este siglo, consta de una sola y espaciosa nave en forma de cruz latina como casi todos los templos católicos. En el altar mayor, decorado con un buen retablo, hay un hermoso camarín bastante capaz, en cuyas paredes se ven pinturas alusivas a varias escenas que refieren la tradición de la rebelión de los moriscos, ejecutadas sin



Calle Vicario de Canjáyar. (Gentileza del Museo del Marchal de Gracia Navarro y Emilio Esteban).

duda por algún aficionado con escaso conocimiento del arte. En dicho altar se venera con fervorosa devoción la Santa Cruz aparecida en un lugar del templo, a la derecha del vestíbulo, donde hay una capillita dedicada a conmemorar la invención de aquel sagrado signo.

El ilustrado y virtuoso sacerdote, D. Francisco de Paula Gómez, que rige aquella parroquia y que por la dulzura de su carácter y celo que demuestra en el ejercicio de su santo ministerio se ha conquistado el cariño y alabanzas de sus feligreses, ayudado por la piedad de éstos, ha realizado en el templo mejoras de importancia y se propone sustituir decorosamente las pinturas del camarín cuando haya reunido los fondos necesarios.

LA PROCESIÓN DEL CORPUS Y LA FIESTA

Terminada nuestra visita al templo, salimos a la plaza que ya encontramos vistosamente iluminada con profusión de luces de colores colocadas caprichosamente entre los arcos del follaje que, formando galería, circundaban el paseo recientemente construido, en medio del cual hay una elegante fuente, a cuyo alrededor, con macetas de preciosas flores, se había improvisado un bonito jardín que se hallaba iluminado a la veneciana: así, de la fuente como de entre las flores surgían variados juegos de agua que, por el efecto de las luces, más parecían caprichosos dibujos formados con trenzas de plata. Los balcones de las casas



La Plaza Nueva de Canjáyar en 1913, también llamada de Cervantes y de José Antonio (Gentileza del Museo del Marchal de Gracia Navarro y Emilio Esteban).

consistoriales y los demás de particulares se hallaban también iluminados, así como la portada de la iglesia correspondiente a la plaza, en la cual se representaba un ángel en actitud de adoración a la custodia, ambas figuras de madera recortada, pintadas e iluminadas con gusto. Todo el recinto comprendido entre la galería se hallaba cubierto con un toldo del cual pendían multitud de lámparas.

Este aparato de fiesta tenía el doble objeto de celebrar el día del santísimo Corpus Christi y la feliz terminación de las importantes mejoras de que ya tienen conocimiento nuestros lectores realizadas por la Corporación Municipal, que se compone de jóvenes ilustrados sin distinción de partidos, unidos por una aspiración común, la buena administración de los intereses del municipio. A pesar de las dificultades que la cuestión financiera ofrece a las corporaciones por los excesivos tributos que pesan sobre los pueblos, la de Canjáyar, secundando la iniciativa de su digno presidente, D. Juan Navarro Sánchez y con la eficaz cooperación de los alcaldes segundo y tercero, D. Ricardo González Navarro y D. Cristóbal González Canet, ha realizado dichas mejoras y se propone aún realizar otras como la construcción de edificios para escuelas de niños de ambos sexos, con lo que demuestran que no existe obstáculo bastante fuerte que no pueda ser superado por una voluntad firme y decidida para el bien. Ejemplo digno de ser imitado el de dicho ayuntamiento, cuyos individuos, ajenos a toda pasión

mezquina y a los intereses de partido, consagran su actividad a procurar por todos los medios el bienestar de sus administrados, con cuyas simpatías y respeto cuentan por tan noble conducta. Damos a la Corporación nuestros más sinceros plácemes, deseándole larga vida en provecho de su pueblo. Dispéñenos nuestros lectores nuestra digresión en obsequio a la justicia con que tributamos este elogio y continuemos nuestra interrumpida narración.

El toque de ánimas fue seguida de repiques de campanas y disparos de cohetes anunciando el principio de la fiesta. En un tablado construido a un lado del paseo se hallaba la banda de música, formada por jóvenes aficionados que galantemente prestan sus servicios bajo la dirección de D. Juan Navarro, y con la ejecución de bonitas piezas amenizó la velada que, con una inmensa y abigarrada concurrencia, duró hasta las doce de la noche sin que en aquella hubiese otra cosa que llamase nuestra atención, a no ser la procesión del Rosario que, con estandarte y cruz y observando el mayor recogimiento, recorría las calles, costumbre piadosa que nosotros creíamos abolida y que se sigue religiosamente en aquel pueblo todas las noches, sin que haya sido interrumpida, según nos dijeron, ni aún en los tiempos de mayor efervescencia revolucionaria.

El amanecer del siguiente día fue saludado por repiques de campanas y disparos de cohetes mientras la banda de música recorría las calles tocando diana,

como para avisar al vecindario que se preparase a la solemnidad del día. Desde las primeras horas se hizo notar la afluencia de forasteros de los pueblos inmediatos y de la capital, figurando entre los últimos los señores Pujol, padre e hijo, D. Trinidad Jiménez y D. Emilio Torello, a quien se presentó ocasión de aplicar los especiales conocimientos y gran habilidad que posee como profesor oculista, gozando por ello de alta y merecida reputación.

A las ocho de la mañana, según el programa, debía tener lugar la distribución entre los pobres de mil libras de pan, el cual se hallaba preparado sobre una gran mesa colocada junto a la fuente, cubierta con un limpio mantel y presidida por las bellas señoritas doña Mercedes Navarro, doña María González, hijas respectivas de los señores alcaldes primero y tercero, doña Josefa Arráz García, las de Espinar, Fernández Martínez, señoritas Monedero, Moreno Aguirre y otras cuyos nombres sentimos no recordar. De aquellas delicadas manos recibían su correspondiente hogaza los pobres que en obsequio a la verdad, debemos consignar que no fue grande el número de los que acudieron, en su mayoría mujeres, ancianos y niños que no ofrecían el aspecto miserable y andrajoso que distingue a los mendigos en otras localidades. En aquel pueblo laborioso se tiene aversión a la holgazanería y, si por la enormidad de los tributos y otras calamidades que han afligido al país existen verdaderamente pobres, la mendicidad les ruboriza. Aquel acto conmovedor tuvo lugar con el mayor orden y con asistencia del Ayuntamiento y de la banda de música. El pan que sobró, que fue mucho, se repartió a domicilio entre los pobres vergonzantes.

A las once se celebró una misa solemne, terminada la cual salió la procesión del Santísimo con toda la pompa y esplendor que el culto exige, con la concurrencia del clero de los pueblos inmediatos que había sido invitado por el señor cura, quien no perdonó elemento alguno que pudiera contribuir a la brillantez de aquella manifestación religiosa, a cuya cabeza iba la hermandad de la Santa Cruz con su rico estandarte del cual pendía una gran medalla o escudo de plata en que se veía grabado el signo de la Redención. Seguían multitud de fieles, los convidados y la lucida Corporación Municipal presidida por sus dignos alcaldes, todos con hachas encendidas, el clero con la custodia conducida en unas andas doradas en cuyo adorno se había desplegado el mayor lujo y el gusto más delicado, en pos de la que llevaban el palio varias personas notables de la población ostentando algunas de ellas cruces,

placas y encomiendas. Un gentío inmenso iba detrás, observándose en todos los concurrentes la compostura y reverencia que requería la solemnidad del acto. La carrera se hallaba engalanada con arcos de follaje, con profusión de flores y primorosos lazos, los balcones revestidos de vistosas colgaduras y las paredes llenas de cuadros. Todos los vecinos de las calles que había de recorrer la Majestad Divina rivalizaron en adornar las fachadas de sus casas. La banda de música acompañó a la procesión y, así a la salida como a la entrada del Santísimo en el templo, nos hizo sentir los armoniosos y conmovedores ecos de la Marcha Real.

Una nueva impresión no anunciada en el programa se debió aquella tarde a la galantería de los señores D. José Pujol y su hijo, que, invitados por varios amigos, se prestaron a dar un concierto de guitarra. Por su amenidad y extensión había sido elegido para este caso el jardín de la casa de D. José Arráz, con quien siempre se cuenta y siempre está dispuesto a cooperar para todo lo que pueda ser útil o agradable; lo ofreció gustoso y en unión de su encantadora hija recibió a los convidados con la amabilidad y finura que les distinguen. Aquel delicioso jardín, que ocupado entonces por todo lo más escogido de la población y aumentado de bellísimas flores animadas, presentaba un cuadro verdaderamente poético; parecía hecho para inspiración de poetas y artistas. Los señores Pujol, ejecutando en tan difícil instrumento varias piezas, algunas de su propia inspiración, obtuvieron entusiastas aplausos; con admirable maestría hacían vibrar las cuerdas en la guitarra y las fibras del corazón en los oyentes, y de tal modo lograron arrebatarnos nuestro espíritu que el tiempo se deslizaba sin apercibirnos de ello. Extendió la noche su estrellado y misterioso manto y dio fin al concierto. Aquella concurrencia se trasladó a las pocas horas al baile de sociedad que tuvo lugar en la plaza con grande animación y orden. Multitud de individuos de las clases inferiores se agrupaba a presenciar la fiesta a la parte exterior de las galerías, sin pretender penetrar en el salón. Aquellas honradas gentes observaban en todos los actos un comportamiento medido y respetuoso.

LA FIESTA DE SAN JUAN

Llegó la noche del 23, víspera del día de San Juan, pues el Ayuntamiento, queriendo dar a la clase trabajadora la participación que les correspondía en aquellas diversiones, a cuyo motivo y preparación habían contribuido, dispuso que para ella exclusivamente tuviese lugar un baile con acompañamiento de guitarras



Bailes populares.

y castañuelas, en el mismo salón de la plaza en que se había verificado el de sociedad. El baile estuvo animadísimo y alegre sin que hubiese que lamentar el menor disgusto, y la clase privilegiada, siguiendo el ejemplo dado anteriormente por la que en este acto dominaba la situación, presenciaba el espectáculo desde las galerías sin penetrar en el recinto ocupado constantemente hasta las doce de la noche por más de cuarenta parejas bailando el gracioso fandango. En aquella ocasión, no prevista tampoco en el programa, se realizaba en parte la expresión de la copla popular:

*Cuando querrá Dios del Cielo
que la tortilla se torne.*

El mismo día 23, domingo de infra-octava, se celebró una solemne misa en honor del Santísimo Sacramento, en la que el ilustrado párroco dirigió a los fieles su dulce y persuasiva palabra llena de unción evangélica.

El segundo baile de sociedad tuvo lugar el 24, con tanta concurrencia y animación como el primero, y durante la octava todas las noches se iluminó la plaza, hasta que el 27 se suspendieron las fiestas por haber

recibido la infausta nueva de la enfermedad de nuestra amada y virtuosa Reina, que ya vive en el seno de Dios. Todo el pueblo demostró su simpatía por la malograda Princesa, asistiendo al templo a elevar al Altísimo sus preces por la salud de la reina enferma.

Sería incompleta esta reseña si dejáramos de hacer mención del inteligente maestro de obras D. Pedro Rull, a quien no debe escatimarse el mérito que le corresponde como autor y director de las obras realizadas por aquel municipio y del decorado de la plaza.

Tenemos una satisfacción en consignar las gratas impresiones que han producido en nuestro ánimo el viaje a Canjáyar y las fiestas celebradas en aquella población, que se distingue por la cordura de sus habitantes, así como nuestra gratitud por las delicadas atenciones de que hemos sido objeto, así de particulares como de autoridades del pueblo, al que deseamos el grado de prosperidad a que es acreedor y le prepara su digno Ayuntamiento. Jamás olvidaremos la franca y cariñosa acogida que nuestro querido amigo D. José Arráez y su bella y simpática hija nos dispensaron durante nuestra breve permanencia a su lado, y les enviamos desde aquí el más cordial saludo y la expresión de nuestra amistad.

1879

Plácido LANGLE



(Almería, 1858-1934). Realizó sus estudios en Granada, donde se licenció en Derecho, ejerciendo la abogacía en Almería. Pronto va a simultanear su profesión con la literatura y la política, llegando a ser jefe provincial del partido de Unión Republicana. Sus ideas demócratas las defendió ardientemente desde el diario republicano *El Popular*, del que llegó a ser director. Tuvo una intensa actividad cultural, fue secretario del Ateneo y presidente del Círculo Literario. Colaboró en numerosas revistas y periódicos de la época y dio muchas conferencias sobre temas políticos, sociales y líricos.

En *La Crónica Meridional* del 2 de marzo de 1879, bajo las iniciales PL, publicó el artículo aquí recogido sobre la ciudad de Almería, muy en su línea lírica que puede considerarse como una loa a la ciudad.

Almería es una de esas ciudades del Mediterráneo, poéticos nidos de amor, en donde el alma se guarece de las tempestades del mundo y halla el reposo y la felicidad que ansía. No busquéis en ella soberbios monumentos que por su magnificencia os asombran; no busquéis tampoco el incesante tráfico de los pueblos mercantiles que se dedican a la importación y exportación de numerosos productos comerciales; pero si sois artistas, si tenéis un corazón sensible, Almería se os presentará sonriente como la hechicera maga de vuestros ensueños, a que adivinará vuestras aspiraciones infinitas realizándolas con amor y ternura.

Nada más delicioso que este vergel amenísimo en la risueña estación de las flores, que abren sus dorados pétalos recibiendo el ardoroso beso del sol de Andalucía.

El puro cielo turquesa, sin la más ligera nubecilla que la empañe, cubre el dilatado horizonte y se presenta, al extender sus alas la noche por los espacios, como uno de esos mantos reales cuajados de pedrería que ostentaban los monarcas de Oriente: el mar arrulla con gemido melancólico a la ciudad hermosa, reclinada en sus arenas como una celeste náyade que escucha los suspiros de las olas, y a lo lejos se oye el eco repercutido de la morisca guitarra que brota limpios arpegios, llenos de singular cadencia, arrancados por las expertas manos de las vibrantes cuerdas, con un graciosísimo pespunteo, expresión de los anhelos del alma enamorada, que bajo los floridos ajimeces, aguarda la aparición de la gallarda doncella, objeto de sus constantes afanes.



Estampa típica de las relaciones entre hombre y mujer hacia finales del s. XIX. (Archivo-Biblioteca de Diputación Provincial).



Dos mujeres de la vega almeriense con sus mejores galas hacia finales del s. XIX.



Caminantes en un paisaje de vegetación árido con pitas y palmeras.

Nuestras paisanas conservan la singular esbeltez del tipo tradicional de la raza árabe, y la inmensa generalidad reúne la peregrina hermosura del rostro, el fuego abrasador de los expresivos ojos y la divina morbidez de las nacaradas formas, que tanto renombre han dado a las mujeres del mediodía. Vedlas en las noches del invierno, perfil en la entreabierta celosía, envueltas en ancho mantón de finísima lana, sostener sabrosa y amena plática con galán apasionado que escucha lleno de embeleso sus tiernos juramentos de amor.

Si prescindiendo de las clases más elevadas de la sociedad paramos nuestra atención en las inferiores, veremos a la modesta hija del pueblo con la picaresca expresión de sus alegres pensamientos en los ojos y la juguetona sonrisa en los purpurinos labios, risueña y feliz al lado de su amante, que la obsequia con un ramo de olorosas flores; a la fresca serrana, llena de salud y de vida -curtida la piel por los rayos, y lejos de la atmósfera artificial y enfermiza de la estufa- engalanada con un pintoresco vestido, regalo de su novio en los días del santo patrono de la aldea; y a la gitana, en fin, con sus largos aretes colgados en las orejas y con su ajustado corpiño de percal, cantando y bailando al son de los crócalos y las postizas.

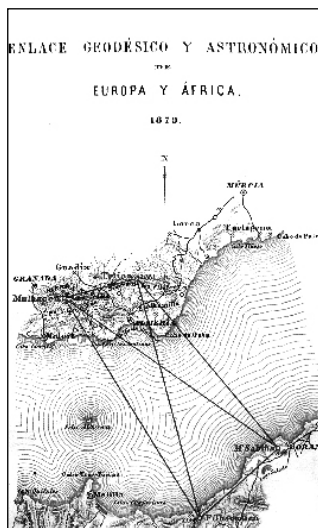
Fijándonos en la parte material de Almería, encontraremos una ciudad casi nueva por el crecidísimo número de modernas obras; pues si bien atravesando algunos barrios a la hora del crepúsculo podremos observar en ellos cierto

tinte morisco y un aspecto verdaderamente oriental, que le prestan la presencia de sus habitantes en las puertas, sentados con sus hijos y mujeres en el reducido escalón, sus casas de planta baja, terminadas en planas azoteas y sus calles angostas, estrechas y poco ventiladas, la mayor parte de la población se compone de nuevos edificios enjalbegados con blanquísima cal, espaciosas plazas y agradables paseos, respirando todo ellos la poesía especialísima de nuestras costas. Si a todo esto se añade un gran número de casinos, el Instituto de segunda enseñanza, el Ateneo, el Hospital, un regular teatro, con otro de grandes dimensiones en construcción, un obelisco donde se guardan las cenizas de los Mártires de la Libertad, sacrificados por el feroz absolutismo en Almería el 24 de agosto de 1824; una playa limpia como pocas, y, por recuerdo de otras edades, la antigua Alcazaba, hoy casi destruida, podrá formarse aproximada idea de esta bella ciudad de Andalucía, que está llamada a ser una de las más importantes, si con la construcción del ansiado ferrocarril y de carreteras y caminos vecinales, adquieren completo desarrollo los productos de su fértil suelo y su riqueza minera, que es inmensa.

Bien haya, pues, nuestra amada patria, encantado paraíso del alma que la adora; bien haya con sus celestiales mujeres, con sus floridos campos, con su primavera eterna; diosa bendita, arrullada por el murmullo de los blancos céfiros; nueva Citerea, brotando sonriente de las nevadas espumas de los mares.

1879

Miguel MERINO Y MELCHOR



Retrato de D. Carlos Ibáñez.

(Villafranca de Montes de Oca, 1831 - Madrid, 1905). Astrónomo y estadista español que estuvo al frente de la Escuela de Telégrafos de Madrid, hasta que en 1859 obtuvo plaza de segundo astrónomo en el Observatorio de la misma ciudad, cargo que ocupó hasta que pasó a ser primero en 1864. Por méritos científicos, en 1877, es nombrado socio honorario de la Sociedad Española de Hidrología Médica. En 1879 se encargó de las operaciones astronómicas verificadas en la Tetica de Bares, tras el enlace geodésico entre Europa y África a través del Pico del Mulhacén y de la Tetica de Bares, en España, y de los montes M'Sabiha y Filhausen, en Argelia; acontecimiento de gran importancia científica. En 1882 ocupa el puesto de Director interino del Observatorio Astronómico y Meteorológico, y en 1887 lo obtiene en propiedad. Fue investido con el título de Delegado de España en la Asociación Geodésica Internacional. Desde su jubilación, en 1898, se dedica a servir a la Real Academia de Ciencias.

Tras su participación en las operaciones astronómicas, verificadas en el vértice geodésico de la Tetica de Bares, como complemento de la triangulación llevada a cabo entre España y África, en septiembre y octubre de 1879, presenta unas notas a la Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales el 15 de Febrero de 1880, relatando la expedición que partió de Madrid hacia la Tetica de Bares. Estas notas, junto a otras de Carlos Ibáñez (Director del Instituto Geográfico y Estadístico) fueron editadas en Madrid, en la Imprenta de la viuda e hijo de D.E. Aguado, en 1880, con el título *Enlace Geodésico y Astronómico de Europa y África. Notas presentadas a la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales*. El texto que reproducimos a continuación corresponde a las páginas 36 a 52.

EL VIAJE: MADRID-GRANADA-GUADIX-BAZA-TÍJOLA

Para Tetica salimos de Madrid por distinto camino, o dando la vuelta por Granada, D. Antonio Esteban y yo, en la noche del 19 de Septiembre. Pero, detenidos en Granada por la dificultad inesperada e imprevista de continuar marchando hacia Baza y Tíjola, la inacción a que nos vimos reducidos, la impaciencia que de nosotros se apoderó, y el desasosiego en que vivíamos de mucho tiempo atrás, quebrantaron mi salud y quedé imposibilitado de proseguir el viaje. Por disposición mía, y con grandísima repugnancia suya, adelantóseme el día 24 mi buen compañero el Sr. Esteban, cediendo a las imperiosas exigencias del deber, que sobre ambos, casi por iguales partes, pesaba. Y en la madrugada del 28, mal repues-

to de mi quebranto todavía, emprendí yo la caminata hacia Guadix y Baza. Antes de llegar a la primera de estas dos ciudades, agregóseme el auxiliar D. Luis Esteban, despachado desde Tíjola en socorro mío; y por cierto que me le prestó muy eficaz, ya con su apreciable compañía, ya con las noticias de que nuestros instrumentos nos aguardaban en salvo en la cumbre de Tetica, y que la operación geodésica, preliminar de la astronómica, estaba para entonces muy adelantada y a punto de terminar.

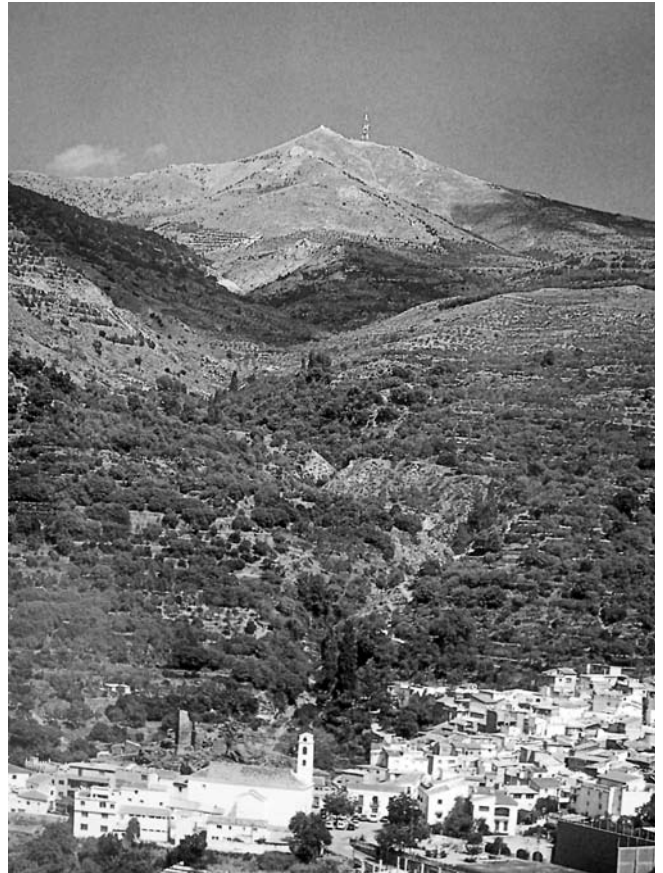
El 28 descansamos en Baza y el 29 fuimos a dormir a Tíjola. Pero ¿dormimos en realidad? Prescindiendo de los últimos chispazos de fiebre, que todavía me traían algún tanto desconcertado, buen sueño necesitaba yo para dormir después de recibida hacia la media noche una carta que el Jefe de Comunicaciones de Baza, mi antiguo amigo D. Miguel Bellido,

me remitió con un peatón, encargado de alcanzarnos antes de que nos enfrascásemos en las escabrosidades de la vecina sierra. La carta, fechada en M'Sabiha el 24 de Septiembre, era del Sr. Perrier, y en ella, después de narrarme entusiasmado los trabajos geodésicos ya practicados, me decía este señor, entre otras cosas, lo que sigue:

«Ayer divisé la luz de Tética, a la simple vista, con la misma claridad que el resplandor de un faro inmediato; y la de M'Sabiha no debía columbrarse peor desde el vértice español. Ambas luces, sin embargo, presentan para nuestros trabajos astronómicos futuros un grave inconveniente: el de no ser constantes, como las de petróleo en los colimadores ordinarios; o el de experimentar frecuentes variaciones de intensidad, y aún eclipses totales, procedentes de que los reguladores Serrin no son perfectos, ni los carbones tampoco; y, a veces también, de que los aparatos de emisión, embarazosos y de difícil manejo, se desorientan o varían de posición: inconveniente grave, repito, que a toda costa debemos tratar de remediar»

Y, para remediarle en lo posible, me proponía el Sr. Perrier el abandono en absoluto, y sin más examen, del mencionado regulador; y el empleo, en su lugar, de una pequeña lámpara eléctrica, agregada al material científico de campaña, como a prevención y por vía de reserva, de mecanismo mucho más sencillo, y cuyos carbones debían moverse a mano, conforme se fueren consumiendo, de manera que sus puntas permaneciesen a distancia invariable una de otra, y siempre en el foco del colimador. Así oportunamente se hizo, previo el indispensable aprendizaje y el resultado fue por extremo satisfactorio. Pero ¿cómo yo, sorprendido en mi modesto albergue de Tíjola con la novedad del caso, había de permanecer tranquilo en la noche mencionada, ante las dificultades imprevistas que a última hora surgían, y amenazaban esterilizar por completo todos nuestros esfuerzos?

Conviene, además, advertir que las variaciones de intensidad de las luces, y aún sus eclipses eventuales desesperadores, que tan inquieto traían, con razón sobrada, al Sr. Perrier, no se evitaron por completo, ni mucho menos, con el cambio de lámparas y de sistema de regulación. Ni podían evitarse tampoco. Como que la causa principal de su producción procedía de la longitud enorme de la trayectoria luminosa, rasante a la superficie del mar, e interrumpida y contrariada sin cesar por las brumas y neblazos que entre Tética y M'Sabiha formaban un denso velo, penetrable con



Bacares, la Sierra de Filabres y, coronándolo todo, la Tética de Bacares, lugar elegido para realizar el enlace geodésico entre Europa y África.

suma dificultad y como por milagro, en la época borrascosa y condiciones excepcionales atmosféricas del año a que nuestros trabajos se refieren.

DE TÍJOLA A BACARES

Nuestra peregrinación, de 26 horas en ferrocarril, entre Madrid y Granada, con un par de amenos trasbordos intermedios en modesto carruaje, con los vidrios rotos y las portezuelas desvencijadas, de Granada a Guadix, faldeando Sierra Nevada; en otro carruaje, de menos pretensiones todavía, de Guadix a Baza; y en alborozada tartana de Baza a Tíjola, no sé si por mar o por tierra en algunos trozos del camino, tocaba felizmente a su término. En la mañana del 30 de Septiembre, con dos guías delante, y montados en humildes y dóciles bestiezuelas, salimos del hospitalario pueblo de Tíjola y en el acto comenzamos a escalar el cielo, para precipitarnos de pronto en el barranco o abismo de Bayarque; tomar luego por entre peñas río arriba y llegar, al cabo de un par de horas de navegación, tropezando a cada paso con enormes pedruscos, o desprendidos de las

alturas por la acción desorganizadora lentísima del tiempo, o arrastrados de súbito por la corriente en días temerosos de lluvia torrencial e inundaciones tremendas, al pueblecito de Bacares.— *¿Han pasado por aquí los instrumentos?* pregunté con insistencia a mis cariñosos acompañantes.— *¿Y cómo no, me contestaron, si este es el mejor camino para llegar y subir la Tetica?*— Yo, de que aquello sea camino no respondo, de que no es tan bravo como otro, en seco, por donde, cincuenta días después, descendimos desde la cumbre de Tetica a Bayarque, ningún inconveniente, tengo en responder. Y mejor que yo respondería mi compañero D. Antonio Esteban, que no pereció despeñado en el descenso porque, sin duda, la Providencia le destina a contemplar mayores maravillas.

Desde Bacares, donde ni un momento nos detuvimos, no hay mucho que andar para llegar a la Tetica de su nombre: enorme protuberancia, como aislada en medio de un laberinto de sierras, por cima de las cuales sobresale altiva. Lo que hay que hacer es subir, subir sin respirar durante un par de horas, batallando con un viento furioso, cuyo silbido incesante destroza los oídos, y no de frente, lo que sería imposible, sino sesgando la montaña por el complicado derrotero con gran pericia explorado, y franqueado en lo posible, por el capitán de ingenieros Sr. Borres. A las nueve de la mañana habíamos salido de Tíjola, y a las tres de la tarde, sin contratiempo alguno, acampábamos en las alturas, a 2.000 metros sobre el nivel del mar, en amor y compañía de nuestros buenos amigos los Sres. López Puigcerver, Piñal y Esteban, que nos recibieron con los brazos abiertos.

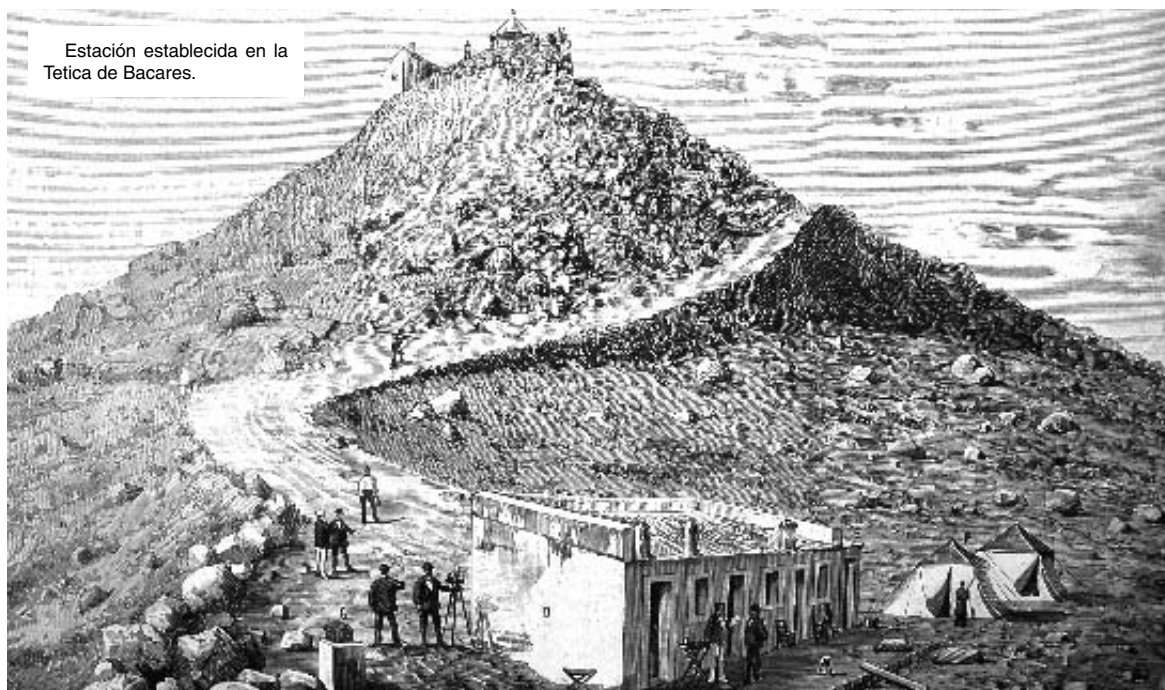
EN LA CUMBRE DE LA MONTAÑA

El 1º de Octubre la operación geodésica, encomendada a Puigcerver y Piñal, se hallaba muy adelantada, pero no terminada todavía, y como los instrumentos para ella necesarios ocupaban en la escueta cumbre de la montaña el reducidísimo espacio, único disponible, donde debían instalarse los astronómicos, mientras aquellos señores no recibiesen orden superior de levantar el campo, Esteban y yo teníamos que permanecer de brazos cruzados, sin poder pensar seriamente ni aún en desembalar y reconocer nuestro voluminoso equipaje, por allí distribuido en el orden o desconcierto en que días antes había llegado. La instalación astronómica exigía, además, nuevas construcciones de fábrica, que ni proyectadas sobre el terreno estaban siquiera, y para las cuales carecíamos de los

materiales más precisos. Ladrillos, cal, yeso, arena, madera, todo fue menester irlo a buscar a Tíjola, a cinco horas de distancia, por sendas y derrumbaderos de que hemos procurado dar alguna idea. Antes, sin embargo, de que aquella tan anhelada orden llegase, el acopió de materiales estaba hecho; y, tan pronto como el día 4 se recibió, procedióse a recoger y guardar los instrumentos geodésicos, y a explanar y agrandar en lo posible la plazoleta donde habían estado instalados, para levantar desde los cimientos los nuevos pilares de sustentación de los astronómicos: teodolito de Repsold, destinado a la determinación de la latitud del lugar y azimut de una dirección geodésica; anteojo de pasos o círculo meridiano, de Brunner; cronógrafo; péndulo de Hipp; y aparato de emisión y recepción de las señales luminosas.

En la tarde del día 6, Puigcerver y Piñal, con sus auxiliares y el destacamento de soldados que habían tenido a sus órdenes, y que yo, como paisano, sin fuero de guerra ni autoridad militar de ninguna especie, consideré inoportuno conservar, descendieron de las alturas a poblado, justamente gozosos y satisfechos del buen éxito de su atrevida y delicada comisión. Sinceramente creo, sin embargo, que en aquel momento les amargaba su natural alegría la idea de separarse de nosotros, dejándonos como abandonados entre aquellos solitarios y feroces riscos, iniciado ya el otoño, con cariz de no mucha bonanza, y comprometidos a intentar una nueva aventura. Con envidia y dolor los ví yo también descender hacia Bacares, y ocultarse tras las hondonadas y revueltas del camino; y pocas veces en mi vida recuerdo haber experimentado sentimiento tan grande de tristeza como entonces.

Cerrada la noche, se reunieron en torno mío los que desde aquel momento, y cada cual en su esfera, habían de ser mis colaboradores y compañeros: el ingeniero D. Antonio Esteban; los auxiliares Gutiérrez Nieto, Esteban Cuadrado, y Vázquez García; el maquinista, encargado de la máquina de vapor y de las de Gramme para la producción de la luz eléctrica, D. Guillermo Faller; y el cabo de ingenieros, auxiliar suyo, Pedro González. No eran muchos, pero eran buenos. Y creyéndolo así, después de convenir en el plan de trabajos para el día siguiente y días consecutivos inmediatos, nos separamos animosos, y creo que dormimos todos apaciblemente, aunque no en palacio artesonado ni sobre mullido lecho de pluma.



LA INSTALACIÓN DEL OBSERVATORIO

El día 12 de Octubre, nuestra instalación estaba concluida.

Defendido por una tienda de observación, de dos metros de lado, y centrado en el mismo vértice geodésico, teníamos el teodolito de Repsold, con el cual ya en las dos noches anteriores habíamos comenzado a determinar la hora o estado de nuestros cronómetros.

En el mismo paralelo de latitud, y al O. del pilar del teodolito, habíamos levantado otro pilar, donde descansaba, rectificado y orientado, y protegido de la intemperie por una barraca cuadrada de madera, de tres metros de lado, el círculo meridiano de Brunner.

Dentro de esta barraca, en el rincón del S. E., había erigido otro pilar de ladrillo, construido con el mayor esmero allí posible, contra el cual estaban afianzados, de un lado, el péndulo sidéreo de Hipp y, de otro, el cuadrante simpático, indicador de las horas.

En el rincón del S. O., sobre un cajón atornillado al suelo de la barraca, funcionaba satisfactoriamente el cronógrafo.

El rincón del N. O. se hallaba ocupado, y en cierto modo inutilizado, por la puerta de entrada a tan rústico Observatorio.

Y en el del N. E. no faltaban trebejos útiles y aún indispensables que admirar, y donde tropezar también, al menor descuido de las personas encargadas de operar con ellos en tan aprovechado y mezquino recinto.

Pegando casi con esta barraca y con la tienda del teodolito, con las ventanas de frente a M'Sabiha, existía otra, en cuyo centro, sobre pilar bien macizado, instalamos el aparato de producción y emisión de la luz eléctrica. Y dentro de esta misma barraca, encima de las cajas de embalar ya desocupadas, dispusimos unos 40 elementos de pila Meidinger, destinados a entretener la actividad del péndulo, y al servicio del cuadrante simpático, del cronógrafo y del interruptor cadencioso de la luz, por medio de un sistema de conductores metálicos, tendido entre ambas barracas, y afianzados interiormente a sus techos y paredes.

Tenía nuestra instalación, así, por necesidad, arribatadamente realizada, el grave inconveniente de que, estando recién hechos los pilares, sin fraguar casi unos con otros los ladrillos componentes, e impregnada de agua la construcción por todas partes, no era posible que los instrumentos que soportaban poseyesen desde luego aquel grado de estabilidad y de firmeza, que para trabajar fructuosamente con ellos, con razón, se considera como punto menos que indispensable — ¿Qué remedio?— Uno tan sólo: el de rendirse sin combatir. Y a él, ni por las mentes se nos pasó apelar en ninguno de nuestros muy frecuentes y graves apuros.

LA TORMENTA

Mientras en la erección y organización de nuestro Observatorio estuvimos activa y agradablemente entretenidos, nadie reparó en lo que en torno nuestro sucedía y se preparaba. Y lo que sucedía era que por todos los barrancos y desfiladeros, afluentes al empinado promontorio donde acampábamos o anidábamos, desembocaban inmensos pelotones de niebla, que se despeñaban por las vertientes, y rellenaban las hondonadas, y bullían por doquier, como gigantescas olas de mar embravecido, en efervescencia o hervidero tumultuoso. Detrás, y entre tan tupido velo de vapores acuosos, en breve desaparecieron la mesa y faro de Roldán, el cabo de Gata y el plateado golfo de Almería; las soberanas cumbres de Sierra-Nevada; el oasis de Baza; y el laberinto de montes, cabezos y altozanos, que por el N. y N. E. limitaban nuestro horizonte. Por cima de la niebla, cada vez más apretada y cercana, descollaba todavía el picacho de Tetica, como islote perdido en medio del Océano, coronado por cielo azul purísimo, donde, llegada la noche, brotaban refulgentes estrellas a millares. Pero ¿qué iba a suceder si la niebla ascendía un poco más, y nos envolvía en su seno, y luego se condensaba y despedía, como de golpe, la mole irresistible de agua que atesoraba?— Lo que sucedió el día 14, de infausta memoria en ambas provincias de Almería y Murcia: que se rompieron las cataratas del cielo, y la tierra gimió, aplastada y arrasada por el turbión descomunal, desprendido súbitamente de las nubes.

Aquel tenebroso día, iluminado tan sólo por la cárdena luz de los relámpagos, lo fue para nosotros de inquietud y continua angustia, y bastante peor que el día fue la noche, al contemplar inundado nuestro pobre albergue, y temiendo que los instrumentos de observación, defendidos por cuatro endeble tablas y unas cuantas varas de lona, todo recia y como febrilmente amarrado a las peñas inmediatas, no pudiesen resistir las iras de la tormenta, y amaneciesen destrozados y sin remedio fuera de servicio. Amaneció, escalamos presurosos la cumbre de la montaña, y penetramos en nuestro desamparado Observatorio. Y, aunque nos dolimos, como era consiguiente, del miserable estado en que le hallamos, consolámonos al punto con la persuasión de que nada muy grave había sucedido a los instrumentos, y de que sus desperfectos y averías podían fácilmente remediarse, desmontándolos y

limpiándolos cuidadosamente, y procediendo luego a su reinstalación y rectificación con paciencia. De paciencia teníamos hecho a prevención abundante acopio, y por eso, a los dos días de pasada la borrasca, ya estábamos a flote, y en aptitud de aguantar cualquier otro percance por el estilo.

EL CONTACTO CON M'SABIHA

¿Qué era en tanto de Perrier, que nos suponía instalados a fines de septiembre, y dispuestos a emprender las operaciones astronómicas al día siguiente de terminadas las geodésicas? ¿No se habría cansado de esperar y habría desamparado su estación de M'Sabiha, maldiciendo de la informalidad de los españoles? En la crítica situación en que nos encontrábamos todo era lícito suponerlo, hasta lo que, para un observador tan experimentado y sereno como nuestro colega francés, constituía verdadera injuria. ¿Si hubiera sido ésta la única injustificada que le hice!

A tranquilizarnos, disipando las dudas y temores que nos atormentaban, llegó oportunamente a Tetica, en la mañana del 18, carta de Perrier, fechada en la costa de África el 14, y en la cual sustancialmente me decía:

«Trece días hace que estoy aguantando un temporal horroroso de nieblas, nubes y chubascos, sin poder distinguir desde mi campamento, ni siquiera la tersa e inmediata superficie del mar... ¡Animo, sin embargo! Y no recele V. que yo me impaciente, conociendo su angustiada situación, y adivinando los cuidados e inquietudes que le rodean...»

Y si esta carta nos devolvió el alma al cuerpo, júzguese de nuestra alegría cuando, cerrada la noche del mismo día 18, columbramos en la dirección de M'Sabiha, de donde nunca, tras la postura del sol, desviábamos los ojos, el primer destello de la luz eléctrica, que nuestros compañeros de ultramar nos remitían. Enfilamos sin pérdida de momento nuestro aparato de emisión, dimos a la máquina de vapor el máximo de fuerza; y cuando volteaba la de Gramme con velocidad vertiginosa, y el susurro y los chispazos eléctricos indicaban que se hallaba en plena actividad, aproximamos uno a otro los carbones de la lámpara, surgió entonces sobre la cumbre de Tetica vivísimo relámpago, y, condensado su resplandor en haz de fuego, propagóse instantáneamente desde allí hasta la costa septentrional africana. ¿Le percibirían los observa-

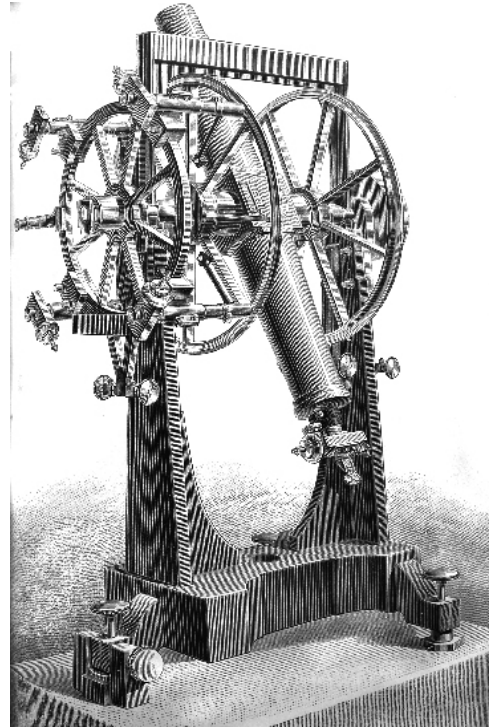
dores que en aquella costa ansiosos le aguardaban, como nosotros divisábamos la trémula centellita de allí procedente? Pasaron algunos minutos de zozobra, al cabo de los cuales interceptamos súbitamente con una pantalla el resplandor por nosotros emitido, y en el acto se extinguió también la luz que absortos contemplábamos en lontananza. Separamos la pantalla interruptora e instantáneamente volvió a surgir de las tinieblas del horizonte la luz que, respondiendo a nuestro deseo, poco antes se nos había eclipsado. Cien veces repetimos la misma prueba de emisión y ocultación de la ráfaga eléctrica luminosa, y otras tantas apareció y se eclipsó la luz fronteriza, como si ambas se inflamasen y extinguiesen, obedeciendo a una sola voluntad y a un solo impulso. ¡Nos veíamos recíprocamente, y nos entendíamos! Era cuanto por de pronto necesitábamos y podíamos ambicionar. Y fue también lo único que en aquella y la siguiente noche logramos hacer. El estado del cielo, y, más todavía, el júbilo casi infantil que experimentábamos, creo que nos hicieron perder el tino, de uno y otro lado del Mediterráneo.

NOCHES DE OBSERVACIÓN

La primera noche útil de observación fue la del 20, despejada, aunque de viento furioso en la Tética. Pero ¿quién se cuidaba ya del viento? El día en que no soplaba de levante, soplaba de poniente, siempre tumultuoso y atronador. Y las horas muy eventuales de calma que disfrutábamos, sabíamos ya, por triste experiencia, que eran preliminares de nuevas borrascas, inevitables en aquella altura, y viniéndonos a todo correr el invierno encima.

A las 7 horas de la noche, conforme lo convenido en París, ambas luces eléctricas ardían, y parecía que amistosamente se saludaban una a otra.

A las 7 y media se apagó la de M'Sabiha, y, pasado un minuto, pusimos en movimiento nuestro aparato interruptor, y emitimos, de 2 en 2 segundos de tiempo, 40 señales luminosas, que en los cronógrafos de ambos vértices quedaron registradas, del modo poco antes referido. Con la última señal quedó interceptada por breve rato nuestra luz, y comenzó a resplandecer la fronteriza, en los confines del horizonte. Transcurrieron así 2 minutos, y en seguida emitió M'Sabiha hacia Tética otras 40 señales acompasadas. Por cuatro veces consecutivas se repitieron alternadamente ambas series de emisiones y ocultaciones de luz. Con lo cual, antes de las 8 horas, la primera parte de la operación proyectada estaba concluida, se apagaron ambas luces, y quedaron en tinieblas los dos vértices.



Círculo meridiano de Repsold.

De las 8 a las 10 horas se observaron, con el antejo de Brunner, los pasos por el meridiano de unas 20 estrellas, en dos distintas posiciones del instrumento, cuidando de incluir en el número un par de circumpolares, destinadas a facilitar el cálculo del azimut; y se determinaron, además, la inclinación del eje de rotación, la colimación del eje óptico, y la paralaje de las plumas del cronógrafo repetidas veces.

A las 9 y media horas, sin abandonar la observación astronómica, volvió a encenderse la luz de Tética, en señal de que estábamos alerta y de que el cielo continuaba despejado, y desde M'Sabiha se nos hizo saber lo propio, por igual procedimiento.

De las 10 a las 10 y media horas, en suspenso las observaciones astronómicas, se repitió análogo cambio, reiterado y recíproco, de señales luminosas, necesarias para la comparación de los péndulos de ambos vértices, al verificado con igual objeto, dos horas antes. Y, apagadas con esto resueltamente ambas luces, continuamos luego observando nuevos pasos de estrellas por el meridiano, en posiciones inversas del antejo, hasta hora muy avanzada de la noche.

Así se procedió en la del 20 de octubre y en las pocas más consecutivas, favorables a la tarea que traíamos entre manos.

En tales noches no faltaba ocupación a nadie. Faller cuidaba de las máquinas de Gramme y de la lámpara eléctrica; mientras su auxiliar González, el mozo más campechano y satisfecho de la compañía, alimentaba la máquina de vapor, y la entretenía en actividad casi constante. Gutiérrez Nieto y Vázquez García acudían a todas partes, conforme era a cada momento menester, y las eventualidades de la operación lo exigían, en aquel empinado y áspero vericueto, donde nuestro implacable enemigo, el viento, todo lo zarrandeaba y confundía, y amenazaba producir un destrozo irreparable. Y los dos, Esteban y yo, pasábamos la noche encerrados en la barraca principal, preparando la observación de las estrellas, cuidando del cronógrafo y observando todo lo que se presentaba al paso, y era factible observar con provecho, sin poder casi respirar, ni rebullirnos en tan angustiosa cárcel.

La situación de D. Antonio Esteban y la mía no eran, sin embargo, tan tristes como la de nuestro sufrido auxiliar don Luis, especialmente encargado de vigilar la marcha del cronógrafo, de remediar, o prevenimos en el acto, cualquier avería o entorpecimiento que en su mecanismo y modo de funcionar advirtiese, y de cargar incesantemente de tinta las plumas. Siquiera nosotros podíamos cambiar de postura, y sacudir de vez en cuando los miembros entumecidos por el frío, pero a él ni pestañear casi le era permitido y allí, arrebujado entre mantas, y como clavado en un banquillo, le obligábamos a permanecer de cuatro a seis horas consecutivas. Mayor crueldad no se ha cometido con ningún hombre. Pero desempeñaba tan a gusto nuestro su, aunque modesto, importante cometido que, desoyendo obstinadamente la voz de la caridad, nunca nos decidimos a usar con él de misericordia. Consecuencia inevitable, y como premio en este mundo, de saber y querer cumplir con la obligación que la suerte nos impone.

TRAS LAS NOCHES VENÍAN LOS DÍAS

Tras las noches de observación, venían los días algún tanto despejados, o de aspecto vario y horizonte limpio, o siquiera tolerable; y en el estudio minucioso y rectificación de los instrumentos astronómicos, en la limpieza y recorrido de las máquinas auxiliares, y en la preparación del trabajo eventual para la noche próxima, se nos pasaban las horas sin sentir. Don Antonio Esteban, asistido de Gutiérrez Nieto, aprovechaba las más favorables, primeras de la mañana y últimas de la tarde, para determinar poco a poco el azimut de la dirección Tetica-Gigante, utilizando el teodolito de

Repsold, asentado, como ya hemos dicho, sobre el vértice geodésico del primer nombre. Y si la noche cerraba con horizonte encapotado por la niebla, y el casquete superior del cielo se conservaba, sin embargo, despejado, con el mismo instrumento continuaba luego, o emprendía con nuevos bríos, la determinación de la latitud geográfica, por series de distancias cenitales circunmeridianas de varias estrellas, distribuidas al N. y S. del cenit. Los auxiliares Esteban Cuadrado y Vázquez García se ocupaban mientras tanto, sin levantar cabeza ni mano, en la conversión numérica y ordenación de las interminables señales estampadas, noche o noches antes, en la cinta del cronógrafo; trabajo delicado y penoso, en que cuidé de amaestrarlos antes de salir de Madrid, y que desempeñaron con diligencia y esmero, por todo extremo loables.

¿Y los días de cerrazón completa del horizonte, cielo encapotado, y lluvia, granizo o nieve? Aunque bastante más largos y enojosos que los otros, los pasábamos resignadamente; unas veces chanceándonos a propósito de nuestra misma lamentable situación, y otras forjando risueños vaticinios sobre la próxima llegada del buen tiempo; ya guiándonos en tan arriesgado oficio, como aprendices de sabio, por las no muy significativas indicaciones del barómetro, ya, como míseros mortales, por el canto insolente del gallo, el triste balido de alguna oveja descarriada, el silbido amenazador de hambriento milano, el chisporroteo de la lumbre, o la exacerbación cruel de algún alifafe mal adormecido de nuestras propias averiadas máquinas. La esperanza estaba siempre con nosotros, y compañeras inseparables suyas son la paciencia y la alegría.

VIENTOS, NIEBLAS, TEMPORALES

A la noche del 20, ventajosamente empleada, sucedieron la del 21, cubierta; la del 22, transparente y hermosa como pocas, en Tetica, pero durante la cual, sin embargo, tuvimos el desconsuelo de no columbrar, ni por acaso, la suspirada luz de M'Sabiha; y la del 23, fosca y variable, con trabajo utilizada por ambas partes, sólo durante sus primeras horas. Desde el 24 al 29 aguantamos un temporal horroroso de vientos desatinados, nieblas densísimas, que todo lo invadían y encharcaban, y aguaceros aturbonados irresistibles. Tan descompuesta estaba la atmósfera que nunca como entonces temblamos por nuestros desamparados instrumentos, y temerosos de un completo desastre, creímos conveniente, para prevenir sorpresas desagradables, dar cuenta de nuestro apuro al Director del

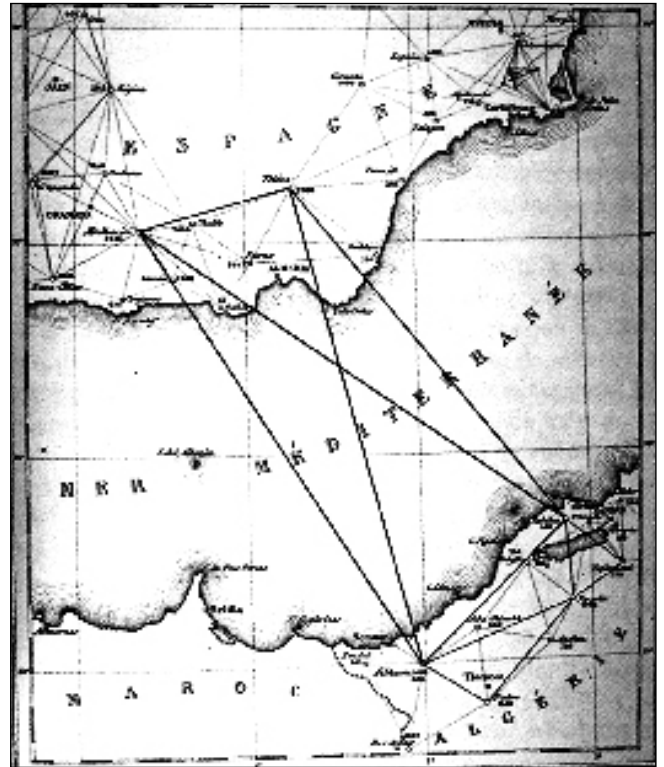
Instituto Geográfico. Y de Baza y de Tíjola llegaron a lo alto de la Sierra ofertas cariñosas de auxilio, que, si no aceptamos, agradecemos muy de veras, y contribuyeron a confortar nuestros un poco atribulados espíritus.

En la madrugada del día 30 descargó sobre nosotros recia tormenta, acompañada de granizo, y seguida luego de nieve y agua en abundancia; amainó con esto el viento por la tarde; abriéronse de pronto las nubes, y se disiparon como por encanto las nieblas al ponerse el sol, y desde Melilla a Orán quedó desvelada y limpia como nunca la costa africana; y el cielo nos ayudó para poder trabajar, bien impensadamente y sin tropiezo, hasta muy adelantada la noche.

Al descender a nuestro albergue, asentado en un escalón de la montaña, cosa de 30 metros más abajo que el vértice geodésico-astronómico, parámonos a contemplar la magnificencia de la bóveda celeste; y en aquel momento llegó a nuestros oídos, por la región de levante, un misterioso y acompasado susurro, de cuya procedencia adquirimos asombrados certidumbre completa al corto rato de atención: era la voz potente del mar, amortiguada por la distancia de 45 a 50 kilómetros, que de la orilla más próxima nos separaba; pero muy distinta y perceptible todavía.

Otra vez se nos nubló el cielo el 31 de Octubre, y, aunque no nos maltrató tanto como el anterior el temporal en aquel día iniciado, hasta la noche del 7 de noviembre no volvimos a columbrar la luz de M'Sabiha, y a entendernos con nuestros colaboradores de la Argelia. En la del 9 fundamos, al declinar la tarde, grandes esperanzas, por desgracia ilusorias todas. Y sólo luchando a brazo partido con el hado adverso, conseguimos dar cima a la penosa determinación de nuestra diferencia de longitudes geográficas en las del 10 y el 11, tan foscas, y tan alborotadas sobretodo, como la mayor parte de las anteriores.

La fatiga por entonces comenzaba, si no a doblegar la voluntad, a quebrantar nuestras fuerzas, y algo por el estilo debía sucederles a Perrier y a sus compañeros, a juzgar por las noticias, siempre con júbilo recibidas, que los últimos correos nos aportaron. En carta del 4 de Noviembre nos escribía Perrier: "*Os compadezco, amigos míos, pues no lo debéis pasar demasiado bien en las alturas. ¿Y cómo no compadeceiros cuando desde aquí columbro los relámpagos que serpentean hacia la región donde estáis encaramados?*" La compasión era recíproca, pues, en la



Representación del enlace entre el sureste peninsular y el norte de África.

situación de cuerpo y espíritu en que unos y otros nos encontrábamos, el mayor castigo de nuestras culpas y el tormento mayor que podía imponérsenos, era el de permanecer inactivos, aherrajados por una fuerza superior, contra la cual la voluntad humana nada vale, y con la expectativa de riguroso invierno en próxima lontananza.

Aunque con lo hecho en las dos últimas noches mencionadas, del 10 y 11 de noviembre, nuestro trabajo de campo podía considerarse terminado, todavía en la del 12, de bonanza relativa, volvimos a encender la luz de Tetica con la esperanza de que M'Sabiha nos contestase, y el deseo, muy natural después de tantos infructuosos afanes, de afianzar con un tornillo más el resultado satisfactorio de la operación. A nuestro llamamiento que, como voz quejumbrosa en el desierto, tal vez se perdió y extinguió entre los repliegues y ondulaciones de la bruma marítima, nadie respondió, por lo menos en términos perceptibles, durante las cinco primeras horas de la noche; lo cual nos hizo creer que también los observadores de M'Sabiha daban por rematada la común faena. Y así nos lo certificó en la mañana siguiente un telegrama de Perrier, que, dando la vuelta por Orán, Argel, Marsella, Madrid, Granada y Baza, acertó a subir hasta la cumbre de Tetica, y calmó el desasosiego y zozobra en que vivíamos.



Estación establecida en Sierra Nevada.

FIN DE LAS OBSERVACIONES

El día 13, sin embargo, no dimos punto final a nuestros trabajos, ni nos ocurrió por un momento proceder a desmontar y guardar los instrumentos. Estaban necesitaba y quería redondear sus observaciones de azimut y latitud, como a ratos perdidos, verificadas con el teodolito de Repsold; y yo deseaba también poner a prueba, en la determinación de la misma latitud, el círculo meridiano de Brunner, como antejo de pasos únicamente utilizado hasta entonces.

Prescindiendo del viento, que nos maltrataba según costumbre suya intolerable; del frío, que nos agrotaba los dedos, y nos acariciaba el semblante con la suavidad de un rastrillo; y del descenso de la columna barométrica, nuncio de nuevos temporales borrascosos, el día mencionado estaba bellísimo como pocos; y, por tarde y noche, trabajamos en consecuencia desesperadamente, como quien se ahoga cerca de la orilla, y, fatigado de la lucha, pretende, sin embargo, salvarse con el despliegue supremo de la mermada energía que todavía le resta. Dormimos apenas, y soñamos con dar cima a la tarea que nos habíamos propuesto realizar tan pronto como despertásemos. Pero despertamos para ver cómo el cariz del cielo se arrugaba y entriste-

cía en la tarde del 14, y empeoraba por momentos el temporal en el transcurso del 15; y para quedar, en fin, aprisionados en nuestro albergue o guarida, por la nieve y el hielo, en la mañana del 16, el día más terrible de cuantos en aquellas alturas soportamos.

Pasando trabajosamente por cima de la nieve congelada, ascendimos de nuevo al vértice el día 17, y completamos las observaciones pendientes, hasta donde, en circunstancias tan críticas y desfavorables, podían completarse. Y en la faena hubiéramos insistido algunos otros más días aún, si lo hubiésemos creído absolutamente necesario, y advertido, sobre todo, algún síntoma de que la tenaz perturbación de los elementos atmosféricos cedería en breve. Pero, como de esto último no abrigásemos ya esperanzas, procedimos resignadamente al desarme y empaque de los instrumentos, máquinas y enseres varios de observación, en los días 18 y 19; y, dejando su custodia, y el cuidado de su peligroso descenso a poblado y transporte luego a Madrid, a cargo de Gutiérrez Nieto y del personal subalterno a sus inmediatas órdenes, en la tarde del 20 abandonamos la montaña, y fuimos Esteban y yo a pernoctar en el pueblo de Tíjola, donde se nos hizo por la autoridad local un recibimiento afectuosísimo, que ni esperábamos, ni por ningún concepto merecíamos.

1880

ANÓNIMO. Crónica de Adra

El viernes 10 de septiembre de 1880 se publicó en *La Crónica Meridional* de Almería un viaje de Almería a Adra redactado por el señor T. con ocasión de asistir a una corrida de toros que iba a celebrarse en las fiestas patronales. En éste relato describe principalmente las peripecias ocurridas en ese trayecto y algunas observaciones sobre el paisaje.



Toreros preparados para el paseillo.

ALMERÍA-AGUADULCE-ADRA

Mi querido amigo y compañero: Cediendo, como V. sabe, a la invitación cariñosa de uno de nuestros buenos amigos de esta ilustrada ciudad, partí de ésta a la una de la tarde de ayer, prensado en el coche-diligencia y acompañado de varios hijos de ese país que, en alas de su entusiasmo y arrastrados por su afición al espectáculo nacional, habían también tomado pasaje para trasladar sus huesos a la antigua Abdera.

Debo decir a V., en elogio de nuestros municipios, que los mayores vaivenes y traqueteos de nuestro vehículo los experimentamos en el trayecto que media desde la calle Méndez Núñez hasta el comienzo del muelle; desde este sitio a Agua Dulce la carretera está tan llana como el piso de un salón, y los grandes trabajos realizados para desarrollarla a través de aquella Sierra honran a nuestro cuerpo de ingenieros civiles.

Se descubren desde aquellas alturas poéticos panoramas; paisajes agrestes y horizontes lejanos, cuyas copias serían la desesperación de nuestros más afamados pintores. El mar, dormido, se extendía a nuestra izquierda como un inmenso manto azul, y sobre él se destacaban las barquillas de pescadores y los grandes vapores mercantes que llevan hasta los más lejanos confines del globo los productos de la industria, y serán los lazos fraternales que unan a las naciones haciendo de ellas una amante familia, sin que las separen leyes restrictivas, aranceles absurdos y preocupaciones alimentadas por intereses bastardos de clases que sólo pueden vivir a la sombra del monopolio.

De Agua Dulce hasta Adra existe una inmensa llanura en su mayor parte formada por terrenos de secano que, en los años abundantes de lluvias, rinden grandes cosechas de cereales a sus propietarios; pero como esto es raro, aquella planicie permanece improductiva y estéril, demostrando nuestra ingénita incuria, nuestra apatía tradicional que se abandona



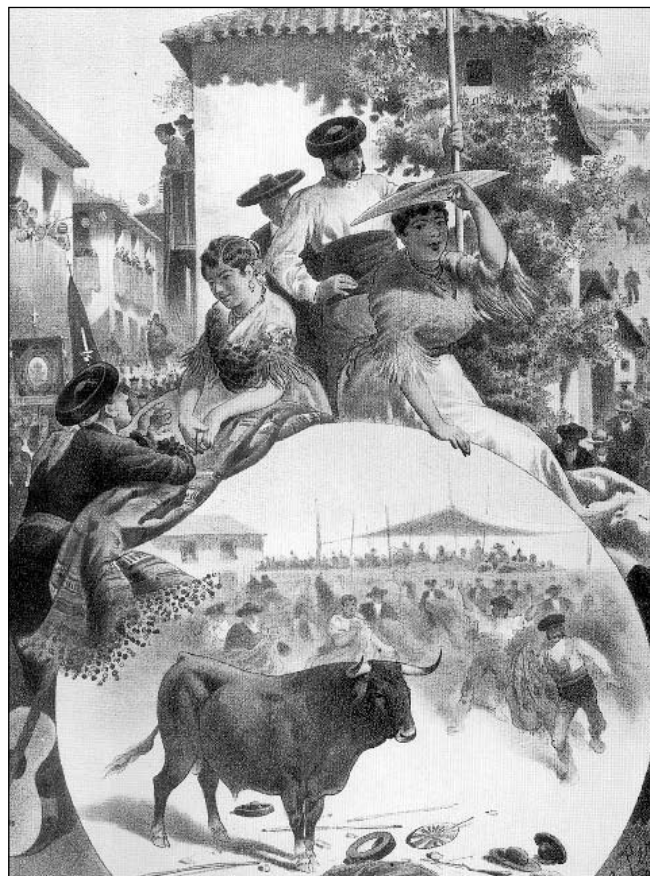
La diligencia que unía Almería con Adra a su paso por el castillo de San Telmo. A la izquierda, anuncio de festejos taurinos en un pueblo.

a los acasos del ciego fatalismo, dejándolo todo para mañana, y ese mañana nunca llega a ser una realidad ni un hecho. Se habla aquí, sin embargo, del proyecto de construir un canal de riego que fertilizaría esas vírgenes pampas; no creo irrealizable la empresa, pues en las entrañas de la vecina sierra de Gádor deben existir, juntamente con los enormes yacimientos minerales que guarda en su seno, ricos veneros de corrientes potables que sacadas a la superficie transformarían esa dilatada llanura en un vergel florido, cubierto de arbolado, donde encontrarían trabajo y bienestar esas masas de honrados labriegos que huyen del suelo sagrado de la patria emigrando a las costas de África, o a las distintas repúblicas hispano-americanas para ser allí materia explotable de especuladores egoístas y de mercaderes sin conciencia.

El camino se halla bien conservado; sólo ya cerca de Adra se encuentra un pequeño trozo en el que las ruedas del vehículo que nos conducía se hundían hasta el cubo, viéndonos precisados los pasajeros a echar pie a tierra para aliviar del peso nuestro a las tres sardinas que lo arrastraban y que ejecutaron un verdadero *tour de force* al llevarnos desde la venta de Olivo hasta las puertas de Adra.

ADRA

Las siete de la noche serían cuando penetrábamos por la ancha carrera de este culto pueblo; los caballos de nuestro coche, conociendo ya la proximidad del establo, sacaron fuerzas de su flaqueza y galopaban como los hipogrifos del carro de Anfitrite; la multitud abría sus filas para dejarnos paso, y al fin, molidos de huesos



y decaídos de espíritu, descendimos del desvencijado coche a las puertas de una posada en la que alberga toda la gente torera; varios chicuelos se ofrecieron a conducir nuestra humilde maleta; se la entregamos a uno de ellos y a los cinco minutos estrechábamos la mano del apreciable amigo y distinguido jurisconsulto que generosa y francamente nos brindó con la hospitalidad de su techo y el refugio de su hogar en estos días de bullicio en que la pacífica, la morigerada, Adra se entrega a la alegría, dedicándose a celebrar dignamente las fiestas de su patrono San Nicolás de Tolentino.

Grandes grupos de gentes circulan por la carrera; la animación que aquí reina es indescriptible y todo el mundo permanecerá en las calles hasta las doce, hora en que se verificará el encierro del ganado que ha de lidiarse mañana.

El atento Sr. alcalde, D. Francisco Cuenca, me ha dispensado la delicada atención de invitarme para la fiesta taurina y yo, que personalmente le he dado las gracias, tengo ahora la satisfacción de significárselas de nuevo desde las columnas de *La Crónica*. Sin tiempo para más, se repite suyo afectísimo amigo y compañero.

1880

Max Simon NORDAU



(Pest, Hungría-París, 1923) Nació como Simón Maximilian Südfeld en el seno de una familia judía ortodoxa. En 1880 se traslada a París donde va a ejercer como médico, pero siguiendo a la vez su carrera de periodista y corresponsal de algunos de los principales diarios. Como filósofo y crítico social se hizo famoso con una serie de obras que fueron muy controvertidas, en las cuales criticaba la sociedad, la religión, el gobierno, el arte y la literatura. En 1895 conoce la idea de Theodor Herzl sobre el estado judío, desde entonces en que desempeñaba el papel de vicepresidente y presidente en varias asambleas sionistas, luchará el resto de su vida por la fundación de un estado judío independiente. Sus restos mortales fueron trasladados a Tel Aviv.

Procedente de la costa murciana de Cartagena, arriba a Almería y, de inmediato, prosigue viaje con dirección a Málaga. Nos deja una brevísima descripción de la ciudad en su obra: *Vom kermel zur Alhambra kulturstudien*, publicada en Leipzig, por Bernhard Schlicke, en 1880.

El día siguiente nos llevó a Almería. Esto ya no es Europa, sino África. Todo recuerda a los oasis en el desierto y a los beduinos. Almería no parece ser una ciudad, sino un campamento. Apenas hay calles y plazas, sino azarosas líneas tortuosas de casas. Éstas son como dados, encaladas con un blanco deslumbrante, con azotea y con una huerta contigua y donde se eleva una pequeña cúpula debajo de la cual los inquilinos se sientan al frescor de la noche.

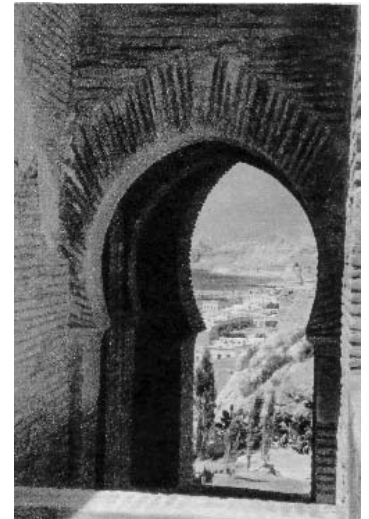
Mujeres delgadas y con vestimenta ligera con caras muy morenas y brillantes ojos almendrados bajan por la mañana y por las tardes las sendas empinadas entre las casas para llegar a la única fuente de la ciudad y sacan agua en un cántaro de barro con forma de ánfora el que llevan, como una Karyatide de la antigüedad, en el hombro derecho apoyado con el brazo levantado.

Detrás de la ciudad se eleva un peñón, dominándola, con una fortaleza que había sido construida por los árabes. Está bien conservada, pero totalmente abandonada. Las extensas murallas exteriores almenadas, las fuertes puertas, las elevadas torres chapadas de azulejos, las fuertes dependencias que habían servido como almacenes y cuarteles para la tropa, los aljibes profundos, todo está como el día que los árabes de-

Puerta de entrada a la Alcazaba.

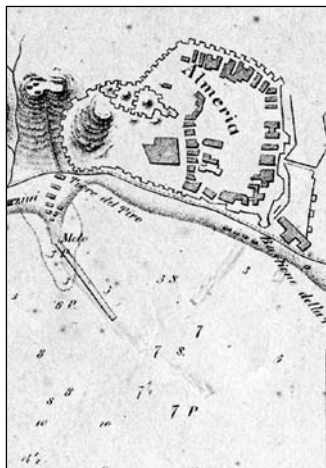
jaron la fortaleza, sólo que ningún ser humano se mueve dentro de ella; entre las almenas el gavilán hace su nido, delante de las troneras unas grandes arañas grisáceas habían hecho su cortina, en los patios la hierba llega hasta la rodilla y alrededor de los aljibes viven culebras verdes y lagartijas que huían moviendo la hierba cuando mis pasos las ahuyentaron. Me parecía un paseo por un castillo de fantasmas, el silencio alrededor de mí me hacía sentir incómodo y con el temor de despertar secretos poco agradables que dormían entre estos muros derruidos.

El doceavo día de este viaje encantador que me había presentado ante mi vista toda la belleza y toda la desgracia de España, sus guerras civiles y sus crímenes históricos, sus catedrales y fortalezas, sus ruinas y campos de naranjos, el buque llegó a Málaga.



1880

Gabriel STROBL



(1846–1925) El padre benedictino Gabriel Strobl estudió Ciencias Naturales en la Universidad de Innsbruck, entre 1872 y 1876, enseñando Historia Natural en las escuelas de los monasterios de Melk y Seitenstetten, desde 1876 hasta 1887. A continuación se encargó de la dirección del Instituto de Bachillerato privado de Admont. A la vez era el conservador de la colección científica fundada por él. Durante sus años de estudiante exploró la flora de los Alpes y de las Dolomitas. En 1871 hizo su primera excursión botánica a la Craina, el litoral de Croacia, a Veglia, Cherso, Lusín e Istria. Durante un viaje por Italia y Sicilia, en 1872, coleccionó plantas cerca de Salerno, en el Vesuvio y en el Etna. Otros viajes botánicos le llevaron a Sicilia, a las Islas Nebrodas y el Etna, acompañado por conocidos botánicos italianos. A lo largo de los años creó un herbario gigantesco con las siguientes partes: Herbario universal con 21.416 especies y variedades, ordenado según la “Genera plantarum”, de Endlicher; flora de Italia con 2.897 especies y 535 variedades; flora de Stiria superior con 1.526 especies y 329 variedades y una colección didáctica de la flora alpina de Stiria superior en 58 paneles. El monasterio benedictino de Admont inauguró hace pocos años una colección fundada por el padre Strobl con 252.000 ejemplares de 57.000 especies de insectos y una colección de minerales.

En 1880 se publicó un viaje suyo por España. A Almería llega, como otros viajeros, en un barco de mercancías, “La Segovia”, procedente del Levante. En su obra *Eine Sommerreise nach Spanien* (Graz, Verlags-Buchhandlung Styria, 1880; p. 178-187), nos deja una extensa y completa descripción de la ciudad: el puerto, la playa, la catedral, la Alcazaba, el mercado y las huertas, además de escenas de la vida cotidiana, formas de vestir y carácter de sus habitantes.

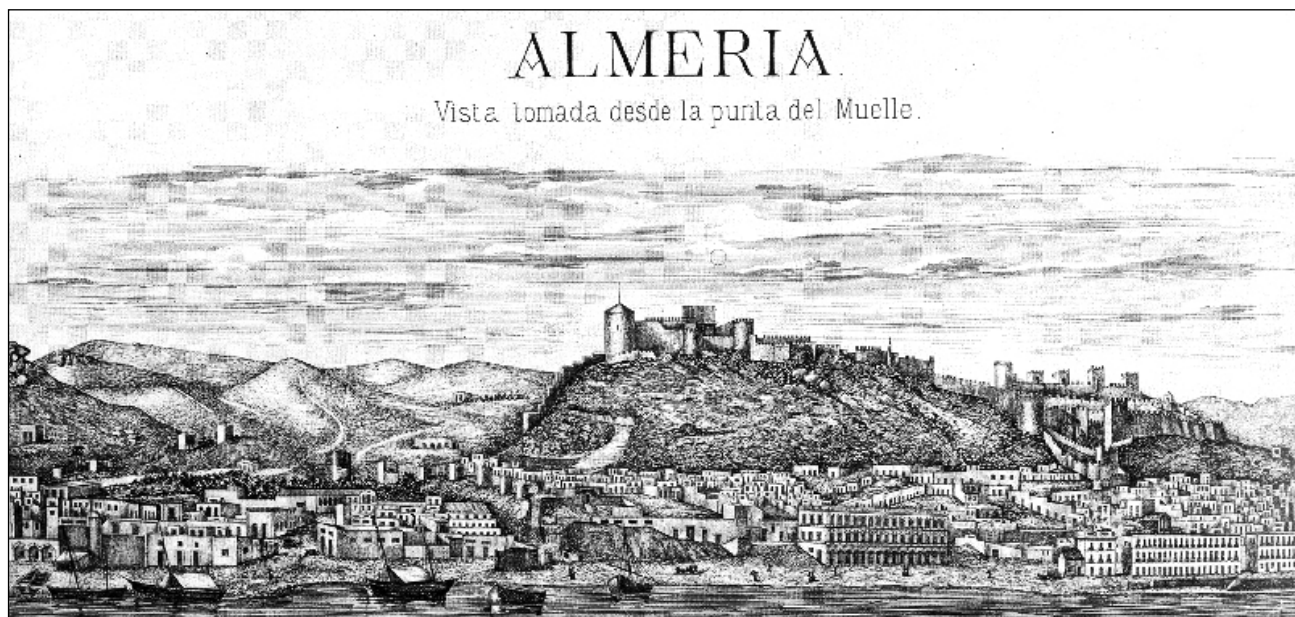
LA CIUDAD DESDE EL MAR: EL PUERTO, LA PLAYA, EL BALNEARIO

Apenas amanecía, cuando nos acercábamos a las orillas de la universalmente famosa Andalucía, y uno de sus puntos más encantadores que había visto jamás -Almería- se presentaba delante de nuestros ojos: a la izquierda bruscos cerros rocosos, entre pardo y grisáceo, sin árboles ni vegetación; a la derecha una llanura inmensa, encantadoramente verde, que se extendía hacia el horizonte y en el centro numerosas construcciones altas en la orilla y, detrás, innumerables, pequeñas y bajas casas que en su mayoría eran de la época árabe.

Inmediatamente, a sus espaldas, había un cerro alargado coronado por unas fortificaciones extensas y

fuertes; declinaba algo hacia el Este y aquí tiene murallas sobrepasadas por románticas torres coronadas de almenas; hacia el Oeste está algo más alto y sobrepasado por un castillo de caballeros más sencillo y sin almenas; entre ambos, una inmensidad de pintorescas murallas ascendentes y descendientes. Esta era la vista desde el puerto, un panorama de tal belleza absorbente que despertó en nosotros el más vivo deseo de conocer esta ciudad más de cerca. Seguimos este deseo porque la “Segovia” iba a atracar hasta la noche para descargar una parte de sus mercancías y cargar productos de esta rica llanura.

Apenas el barco se quedó parado, estaba rodeado por numerosas lanchas ansiosas, y casi todos los pasajeros bajaban. Nos sentamos al lado de una familia cuyos cuerpos estaban cubiertos de tales harapos que ni siquiera en Nápoles había visto algo parecido, y los



Vista de Almería tomada desde la punta del muelle. Litografía firmada por Hilario Navarro de Vera en 1877. Parte central.

famosos niños mendigos de Murillo llevan trajes de nobles; nuestros mendigos se darían la vuelta horro- rizados y ni por una elevada remuneración intercambiarían la ropa; no comprendía yo cómo esta gente, llegados al ínfimo nivel de la miseria, había reunido el dinero para la travesía. En la orilla nos esperaba una multitud hacinada, agolpándose y gritando uno más fuerte que el otro, la que se echó encima del equipaje. Como habíamos dejado el nuestro en el barco, nos abrimos paso con algún esfuerzo y seguíamos paralelo a la orilla hacía la ciudad.

Primero una vida muy activa de los pescadores, varias barcas negras de considerable tamaño y las redes extendidas en la arena para secarse. Luego comenzó el muelle ancho el que, plantado de árboles, podría haber sido una magnífica alameda; desgraciadamente sólo hay una hilera de datileras pequeñas y bastante polvorientas. Las grandes casas, casi palaciegas, que lindaban con aquél, parecían ser edificios públicos (aduanas, almacenes, etc.), las casas particulares eran pequeñas, más bien anchas que altas, tenían ventanas pequeñas, azoteas y daban la impresión de cajas o dados.

Todavía más adentro, algunos balnearios nos invitaban a entrar. Estos balnearios en el mar tenían, respecto de los de Barcelona, la ventaja de que cada vestuario se abría directamente al mar, y que éste era muy poco profundo al principio y no se estaba obligado a nadar. La entrada era una peseta por persona.

PASEO ARRIBA

Después de haber gozado largamente en las olas saladas y frescas y habernos quitado el polvo acumulado durante el viaje, se nos apoderó un imponente deseo de un desayuno y, como antiguamente Iasón por el Toisón de Oro, así hicimos excursiones y cruzadas para encontrar una cafetería. Desgraciadamente, aquí, como en otras ciudades españolas, no se ve la necesidad de colgar un rótulo y mientras en París o Viena uno se puede encontrar frecuentemente con varias decenas en una sola fachada, en algunas calles de aquí no se ve ni uno. No quedaba más remedio que preguntar cada uno a quien tuviéramos a nuestro alcance y así conseguimos encontrar uno después de algún intento fracasado. Pero como en Murcia, los estamentos más acomodados salen bastante tarde; aunque ya se habían pasado las ocho de la mañana, las sillas estaban todavía encima de las mesas, al lado dormían los mozos en los bancos y cuando despertamos a uno nos explicó a regañadientes que hasta dentro de media hora no habría nada que hacer. El mismo desorden y la misma explicación nos dieron en varios sitios más. Sólo podríamos haber podido utilizar el juego de dominó que existe en la mayoría de las cafeterías y mesones de España.

Al final llegamos al Paseo del Príncipe Alfonso, una avenida magnífica y extraordinariamente larga con acacias y palmeras que comienza a orillas del mar y sube paulatinamente a la ciudad. A su punta de



El monumento a Los Coloraos en la Puerta de Purchena. (Colección IEA).



Obreros en el interior de una fundición. (Colección IEA).

arriba había una agradable cafetería suiza y un correspondiente pabellón en forma de tienda formada por una lona coloreada; sirviéndose en esta cafetería: café, chocolate, cerveza, helados y jamón. Aquí nos recomfortamos a fondo y tomamos fuerza para excursiones más largas.

Detrás de la cafetería se abría una plaza bastante grande con un monumento totalmente raro: Sobre un gran zócalo se erigía una columna corintia, decorada magníficamente, cuyo capitel llevaba una gran bola. ¿Se quería honrar la Fortuna redonda o, incluso, nuestro planeta?

LA CATEDRAL

Después seguíamos para la catedral episcopal. Desde fuera nos parecía muy austera, en estilo árabe-gótico erigida de piedras de cantería marrones, con contrafuertes macizos y arriba parecía más bien una fortaleza árabe.

Los momentos arquitectónicos del interior ofrecían un gótico casi puro y profuso, por ejemplo las bóvedas de crucería, los pilares macizos de las naves y un anillo de capillas laterales; desgraciadamente todo estaba encalado en blanco y algunas capillas y la mayoría de los retablos eran del Renacimiento o anticuados. La estrella del edificio es la capilla mayor. Tiene la forma de un hexágono simétrico cuyo lado más ancho se abre hacia el coro el que, según la costumbre española, está en el centro de la nave principal; los otros cinco laterales se abrían con grandes arcos hacia la girola; cada pared encima de estos magníficos arcos

tiene dos pinturas al fresco, mientras que los adornos góticos entre ellas están profusamente adornados con oro y colorido y como todo había sido restaurado hacía poco, la impresión es de magnificencia. El altar mayor que está en el centro de este hexágono tiene un baldaquino, soportado por pilares, con muchas estatuas blancas y otras imágenes sobre un fondo marrón, todo de un aspecto raro, pero atrayente. La capilla de la Cruz, la que está detrás de la capilla mayor, parece ser una de las partes más antiguas de la iglesia y en el centro de altar adornado de forma exuberante hay un Cristo muy antiguo y moreno.

Al lado de la catedral hay un bonito claustro con arcos que unen los pilares y en el frente de cada pilar una columna iónica, todo de origen más moderno; el patio cuadrado está adornado agradablemente con árboles, adelfas en plena flor y encima una gigantesca palmera que destaca por encima del pórtico.

Ahora nos atraía la torre para poder contemplar a vista de pájaro esta ciudad ya poderosa en época romana, más tarde capital de un reino pequeño árabe y ahora centro de un vivo comercio costero con materias primas como seda, algodón, lana, telas de lino etc. Con suerte encontramos la puerta escondida y la escalera de caracol.

No obstante la importante anchura de la torre, era muy estrecha y la oscuridad egipcia; todas las plantas estaban habitadas por familias pobres y ocurrió alguna que otra molesta interrupción en el aseo personal. Pero, *“post tenebras lux”*, ya habíamos llegado a la cima de la torre que no era una punta como en nuestro

país, sino una superficie importante en la cual se podría haber instalado un hermoso jardín. Como punto más alto de la ciudad nos ofrecía una vista libre y muy interesante hacia todos los lados. Muy raro nos parecía el tejado de la misma iglesia que estaba un poco más debajo de nosotros. Estaba completamente plano, cercado por una pequeña muralla y sólo la nave central con una pequeña bóveda sobre la cual, no obstante, se podría caminar; levantándose encima los contrafuertes pardos, las dos torres redondas de la fachada y la linterna cuadrada encima de la intersección; sólo ésta lleva un tejado inclinado de tejas, mientras que las demás partes del tejado son de barro o losas. Alrededor se situaban las innumerables azoteas blancas o grises de la ciudad las que algunos habían adornado con flores o jardines. La mayoría estaban cercadas por rejas de forja o muros no muy altos; no sabía qué utilidad tenían los pequeños cilindros de obra con tejado cónico que había en muchas azoteas; no serían miradores, porque estos solían terminar en plataformas y balaustradas.

VISTA DESDE LA TORRE DE LA CATEDRAL

Si existiera un puente para pasar por alto las calles se podría cruzar, con cierta habilidad, por encima esta ciudad árabe. De vez en cuando se levantaba alguna cuadrada torre parda de una iglesia con punta de azotea, sólo unas cuantas modernas destacaban por su arquitectura fea y tejado cónico. La mayoría de los edificios se habían construido alrededor de un patio lleno de un verde encantador sobre el cual se mecía el tronco marrón y elegante con la copa de plumas de una palmera. Las fachadas blancas de casi siempre una altura cambiaban con encantadoras ventanas verdes y balcones de forja.

Los románticos edificios pardos de la fortaleza estaban tan cerca que podíamos contemplar hasta el último detalle. El cerro de unos 70 metros, donde se asentaba, protegía como una fuerte muralla el lado noreste de la ciudad y estaba cubierto casi entero por intransitables chumberas. Un corte profundo, llamado Olla, le dividió en una parte occidental y otra oriental; siendo la primera algo más alta y tenía un castillo árabe denominado ahora San Cristóbal, una serie de toscas torres almenadas y unidas por murallas almenadas. En la parte oriental estaba la más elegante alcazaba, un imponente rectángulo flanqueado por dos torres redondas, uno con almenas, el otro con un tejado cónico bajo; el edificio estaba rodeado por dos poderosas murallas que algunas veces sobresalían y otras se re-



trancaban llevando en algunas partes almenas; siendo esta fortaleza de los príncipes árabes cuya residencia fue, pero restaurada por Carlos V.

Ambas fortalezas estaban unidas por una pintoresca muralla coronada por almenas y torres que seguía los desniveles del terreno; se dice que algunas partes de esta muralla extraordinariamente fuerte y gruesa son de los cartaginenses, incluso de los fenicios.

Detrás de esta romántica muralla de la fortaleza se extendían unas sierras pardas con forma de olas, y detrás de éstas la alta Sierra de los Filabres, cubierta de nubes y una neblina azul. Hacia el oeste continua el cerro de la fortaleza y bajaba con una muralla emoinada (sic) hasta el mar. La vista hacia la superficie en el Sur hacia el horizonte, de una suprema tranquilidad igual a un lago montañoso de azul oscuro, era de una magnífica belleza; volviendo hacia la ciudad se veían algunos barcos grandes y un muelle que se adentraba bastante al mar. Hacia el Este la costa era llana y arenosa, parecida a la de Valencia y como allí, también aquí se extendía por todo el paisaje una huerta inmensa, maravillosamente verde, con innumerables casitas de campo y dominada por las palmeras. Con cambio encantador entre el romanticismo pardo y grisáceo con el azul oscuro del mar y el verde alegre de la fértil llanura, este panorama se antepone con diferencia ante el de Valencia, aunque la belleza y el tamaño (27.000 habitantes) de la ciudad se quedaba detrás de aquella.

Panorámica del puerto con la ciudad detrás. Foto de J. Rodrigo, 1874-1884. (Reproducida del catálogo *El Siglo Minero*, IEA, 1991).



VISITA AL MERCADO

Casi igual de interesante fue la visita del mercado. Está muy cerca de la catedral y repleto de una multitud apretada y ruidosa y colmada con las mejores frutas, especialmente con montones de uvas blancas, azules y rojas, guindillas, ajos y cebollas, patatas y granadas.

Más que en las otras partes de la ciudad, aquí vimos también una gran cantidad de trajes regionales; aunque eran más bien raros que pintorescos. Hubo variedad de trajes masculinos. Por una parte, el traje valenciano con una blusa blanca, a manera de camisa, que se convertía en unos pantalones anchos desaliñados de donde salían los tobillos desnudos y de color cobre, y las alpargatas de esparto o de tela. Otro mostraba, en vez de la camisa, una chaqueta negra, un chaleco y unos pantalones negros, pero muy similar al anterior. El tercero tenía unos calzones bastante ajustados, calcetas blancas largas y botines; el cuarto, una camisa blanca, un chaleco marrón y amarillenta con colores vivos, un pantalón azul y botas bordadas en las costuras (principal traje andaluz). Todos los sombreros eran negros, de media naranja y el ala doblada para arriba, siendo esta forma característica para todo el sur de España; tampoco faltaba casi nunca la faja roja, menos frecuente en negro. Como hasta ahora, el traje de la población femenina no mostraba nada especial, aunque las telas eran más ligeras y confortables debido

al excesivo calor. Generalmente se llevaba la mantilla negra, siendo de terciopelo entre las acomodadas, de tela entre los más modestos.

Cuando compramos las uvas, las de mi compañero pesaban más que las pesas y, en vez de buscar otras, el vendedor le dio éstas directamente. Cuando iba a pagar yo, no encontrando el último maravedí, me lo perdonó. Pero tampoco aquí faltan mendigos, como en las demás ciudades, y frecuentemente nos perseguían con sus diminutivos graciosos y muchas veces intraducibles: pobrecito, señorito, una cosita, etc; pero nunca se atrevían a incomodar como los italianos. También vi a un agricultor que se echaba un hilillo fino de agua a la boca que salía de un cántaro; un arte que no todo el mundo sabe hacer, tal como se desprende de las noticias del viaje de Lorinser.

Por todos los rincones de la ciudad se anunciaba una corrida de toros, pero no en una fecha conveniente. También en Valencia habíamos llegado un día tarde. Hay muchos carros tipo tartanas, pero también hay enganches de cuatro ruedas; se vendían muchas escobas y palmitos; burros con serones colgando por ambos lados pasaban por la ciudad para que les cargaran de basura. Todas éstas eran fenómenos nunca vistos y novedosos para los países nórdicos; uno no tenía ojos y oídos suficientes para admirar estas costumbres, trajes y edificios extraños, en su mayoría pertenecientes a la época árabe.